

margen N° 75 – diciembre 2014

## Repolitización de los sujetos en la Democracia

Por Patricia Irma Breppe y María Belén Verón Ponce

**Patricia Irma Breppe.** Mgter. en Gerencia Social. Departamento Trabajo Social, Facultad de Humanidades. Universidad Nacional de Catamarca, Argentina

**María Belén Verón Ponce.** Dra. en Trabajo Social. Departamento Trabajo Social, Universidad Nacional de Catamarca, Argentina

### Introducción

Nuestra investigación bibliográfica pretende reflexionar sobre la recuperación de la política, a través del surgimiento y desarrollo de nuevos sujetos colectivos en el ámbito de la democracia. Este proceso de transformación en la dinámica política provocó nuevas lecturas en términos de repolitización modificando los escenarios políticos y los marcos de comprensión del sistema político.

El trayecto que planteamos se inicia con la caracterización del paradigma neoliberal de la década del noventa que consagra a los ciudadanos únicamente en su rol de electores en una democracia representativa de partidos. Esta perspectiva tiene su respuesta en la demanda de intensos procesos de participación ciudadana que se constituyen en el ámbito de lo que Claus Offe llamaría “política no institucional”. En este sentido se cuestionan la democracia competitiva de partidos y la regla de las mayorías del estado moderno, junto a los criterios de racionalidad política, como sus fundamentos legitimatorios.

En relación a las diferencias de estas perspectivas, se establece el papel de los nuevos movimientos sociales, en referencia a los nuevos desafíos políticos y conceptuales que implican su presencia en el siglo XXI. Estos se distinguen de los movimientos democráticos y nacionales típicamente burgueses del siglo XIX y con el movimiento obrero como primer movimiento de carácter social en tanto se trataban de expresiones y reivindicaciones de clase. Por el contrario, los nuevos movimientos sociales proponen una nueva forma de repolitización de los sujetos frente a la despolitización estructural propiciada por la democracia neoliberal.

El creciente papel desempeñado por los movimientos sociales en los procesos democráticos obedece a la deslegitimación de la política, de los partidos políticos y de otros actores como los Sindicatos, la Iglesia y los medios de comunicación que abrieron un espacio para las masas convocadas en la calle para la expresión de demandas y aspiraciones ciudadanas. Esto se visualiza a nivel popular en la revueltas populares que derrocaron gobierno reaccionarios en Ecuador (en 1997, 2000 y 2005); en Bolivia abrieron paso a la victoria electoral de Evo Morales; en el año 2000 forzaron la salida de Alberto Fujimori en Perú y al año siguiente de Fernando de la Rúa en Argentina; y en Chile los jóvenes estudiantes de los liceos pusieron en jaque los gobiernos de la concertación exigiendo la derogación de la reaccionaria legislación educativa del régimen de Pinochet.

La irrupción de estos nuevos sujetos colectivos interpelaron agudamente a la democracia neoliberal y a los encuadres conceptuales que se construyeron en torno a ella. Esto generó procesos políticos que implicaron la construcción de nuevos marcos epistemológicos y en algunos casos la atención de las demandas por parte de algunas organizaciones tradicionales.

En relación al Trabajo Social, se procura establecer una mutua intervención y aprendizaje con los movimientos sociales, desde su rol socioeducativo. Partiendo de la posición de Bourdieu que propone la legitimación de los actores sociales en un campo a partir del reconocimiento de sus saberes y subjetividades en juego. Este diálogo plantea desafíos para el Trabajo Social, en tanto requiere de la revisión de marcos conceptuales, epistemológicos y prácticos en el ejercicio profesional.

### **Transformaciones en el escenario político**

La implementación de las reformas neoliberales de los años noventa, condujo a un nuevo escenario caracterizado por la gran asimetría de fuerzas, visible, por un lado, en la fragmentación y la pérdida de poder de los sectores populares y amplias franjas de las clases medias; y, por otro lado, en la concentración política y económica en las elites de poder internacionalizado (Svampa, 2008).

Dichas reformas se fundamentan en el consenso de Washington que recomendaban la desregulación del mercado, la privatización de los servicios públicos y la descentralización de las políticas públicas en las llamadas organizaciones de la sociedad civil, en particular de las organizaciones no gubernamentales. Estos actores se constituyen como legítimos interlocutores entre la sociedad y el poder político en desmedro de los partidos políticos y los sindicatos que fueron desprestigiados como los enlaces convencionales del sistema político.

Esta racionalidad política se fundaba en un discurso planteado en torno a la ineficiencia de la administración de las políticas públicas, a la corrupción de la clase dirigente, y a la ilegitimidad del gasto social. Por el contrario, las ONGs fueron promovidas a partir de las líneas de financiamiento internacional como actores privilegiados para la ejecución de las políticas públicas junto a los gobiernos subnacionales.

Este paradigma plantea como lectura política, en el contexto de los noventa, la “despolitización” de los sujetos, entendida como la inhibición de la capacidad de demanda de sus derechos frente al imperio de la mercantilización de las relaciones sociales. Este proceso tiene como consecuencias: una reformulación de la intervención del Estado sobre la sociedad a partir de la privatización de los bienes básicos, lo cual profundizó la crisis en la educación, la salud y la seguridad pública. También la política de desregulación laboral que trajo como corolario la multiplicación de la informalidad y la consolidación de un modelo de flexibilización laboral. Asimismo, la ampliación de las fronteras de la exclusión, con el desarrollo de estrategias de contención de la pobreza, por la vía de las políticas sociales focalizadas (asistencia alimentaria, programas sociales). Por último el estado se encaminó hacia el reforzamiento del sistema represivo institucional, al apuntar al control de las poblaciones pobres y a la represión y criminalización del conflicto social.

En este sentido, la protesta social, es planteada como un dispositivo que habilita el control social a partir del cuestionamiento de la libertad de manifestación y expresión, frente a la conculcación de derechos, y la asimilación de la misma al delito que ha provocado un avance del proceso de

judicialización de los conflictos. Esto último se visibiliza en la ampliación, multiplicación y forzamiento de las figuras penales, en el número de encarcelamiento y procesamiento a dirigentes y militantes sociales y sindicales, en la estigmatización mediática y social de las poblaciones y grupos movilizadas, que apunta a la deslegitimación de los reclamos frente a la sociedad y, finalmente en el incremento de las fuerzas represivas y la creación especial de cuerpos de elite, orientados a la represión de la protesta social.

El neoliberalismo “a medida que sus políticas tropezaban con una creciente protesta popular, tanto en los capitalismos metropolitanos como en la periferia del capitalismo, fue progresivamente abandonando su fachada falsamente democrática y demostró que en el fondo no era más que un proyecto reaccionario y autoritario de contrarreformas que pretendía disimularse en la supuesta racionalidad y anonimato del mercado” (Borón, 2005: 4). Ejemplo de ello fueron la militarización de la política y la criminalización de la protesta social. Un punto clave en este proceso fue la “guerra preventiva” establecida por Jorge Bush (Jr) a partir del ataque de las Torres Gemelas el 11 de septiembre de 2001. *“El neoliberalismo, despojado de todas sus artificiosas justificaciones morales, se presenta ahora desnudo, fuertemente armado y dispuesto a todo”* (Borón, 2005: 8).

El estrepitoso fracaso del Neoliberalismo se manifiesta en tres notas fundamentales: i) la incapacidad para promover el desarrollo económico con las tasas de crecimiento más bajas del siglo XX; ii) el fracaso en la distribución del ingreso y de la renta demostrando el engaño de la ‘teoría del derrame’; y iii) al dar rienda suelta a los mecanismos predatorios del mercado, fragmentó la sociedad generando un verdadero “apartheid” económico y social, destruyendo la legitimidad del Estado democrático (Borón, 2005).

En este contexto de gran asimetría que caracterizamos surgieron y se desarrollaron las luchas de los movimientos sociales, identificados por una acción defensiva y un marcado discurso anti neoliberal. Sin embargo, estos nuevos actores han revelado ser algo más que una respuesta meramente defensiva frente a los cambios en la correlación de fuerzas sociales y las fuertes transformaciones de sus condiciones de vida y reproducción. A partir de todas sus complejidades y matices nacionales, los movimientos sociales han desarrollado una dimensión más proactiva, que abre la posibilidad de pensar nuevas alternativas emancipatorias a partir de la defensa y promoción de la vida y la diversidad. Esta realidad produce una nueva lectura política que repolitiza a los sujetos en la democracia (Svampa, 2008).

### **Nuevos sujetos de la democracia en el capitalismo**

La democracia liberal consagró como sujeto único del capitalismo democrático la figura imaginaria del ciudadano para resguardar la independencia y autonomía del individuo frente al Estado. Es por ello que, dentro de los marcos de la tradición liberal, el papel de los movimientos sociales o de cualquier tipo de sujeto colectivo es combatido sin ninguna clase de concesiones por la lógica del capitalismo.

Si se pretende replantear la democracia es necesario pensar en otro modelo y en otros sujetos, distintos al individuo abstracto del liberalismo, aquí se presenta el formidable desafío que proponía Marx desde sus escritos juveniles, cuando se preguntaba ¿cómo constituir un sujeto colectivo capaz de liberar a la sociedad de todas sus cadenas, superando la atomización y fragmentación propias del individualismo de la sociedad burguesa? En su tiempo Marx le había asignado una centralidad excluyente al viejo proletariado industrial, que hoy ya no se corresponde con las incesantes

transformaciones del capitalismo, porque el actual contexto exige un radical replanteamiento de la cuestión. En cierto sentido podría decirse que el espacio del antiguo proletariado es ocupado por el entretejido de luchas sociales desatadas por las múltiples formas de opresión capitalista: explotación, patriarcado, discriminación, sexismo, racismo y ecocidio, que produce el florecimiento de múltiples sujetos dispuestos a resistir y vencer; otorgándole otras lecturas políticas al sistema democrático que dan cuenta de la necesidad de la reinvencción de la democracia, o la democratización de la democracia.

### **Desafíos políticos y conceptuales**

Se evidencia una crisis de las formas tradicionales de representación política a partir del accionar de los partidos y sindicatos frente al momento imperante. Esta decadencia se expresa en la “base social” de las organizaciones caracterizada por: i) la creciente heterogeneización del universo asalariado; ii) la declinante gravitación cuantitativa del proletariado industrial en el conjunto de las clases subalternas; y iii) la aparición de un voluminoso ‘subproletariado’ denominado ‘pobretariado’ por Frei Betto que es declarado ‘sobrante’ en el contexto económico por lo que quedan desocupados y sin posibilidades de inserción en el mercado laboral. Ante este panorama, no es extraño pensar el levantamiento de fuerzas sociales ante el reclamo de una ampliación del sentido y contenido de la democracia, que se definen como sujetos políticos. Contenidos por múltiples identidades sociales como las de género, de diversidad sexual, de grupos étnicos, etc. que no se encuentran reflejados en las organizaciones tradicionales de representación política con escasa percepción y adecuación de sus luchas a las demandas del momento.

Otro factor característico de la emergencia de los movimientos sociales es la globalización de las luchas contra el neoliberalismo a partir de la congregación en encuentros mundiales como el Foro Social Mundial en Porto Alegre y luego en Europa. A esta estrategia se sumaron otras como la difusión del uso de redes sociales para la socialización de agendas de luchas y la unificación de alianzas.

Los desafíos que suponen estos cambios no sólo son de carácter político sino también teórico o conceptual, ya que las anteriores formas de analizar y comprender la realidad se están mostrando, a menudo, incapaces de dar cuenta de las nuevas situaciones.

Entre los desafíos más importantes que incluye a todos los movimientos en los países con gobiernos de signo popular, se destacan sus relacionamientos con gobiernos surgidos de los propios movimientos o de coyunturas creadas por ellos. Dichas relaciones no están exentas de ‘cooptaciones’, ‘traiciones’ e incluso el ‘continuismo’ respecto al modelo neoliberal en gobierno de izquierda y centro-izquierda.

Por su parte, los desafíos teóricos y conceptuales se refieren a las interpelaciones y argumentaciones discursivas que se plantean en torno a las disputas e interrogantes que surgen de las prácticas políticas de los movimientos sociales. Estas cuestiones se pueden traducir en las siguientes preguntas: ¿las acciones de estos sujetos colectivos son meros episodios aislados, gritos de rabia y furia popular, o reflejan una dialéctica histórica tendencialmente orientada hacia la reinvencción de la democracia? ¿Cómo se articulan las formas organizativas para potenciar la eficacia de los proyectos emancipadores? ¿Cuál es el papel que les cabe a los partidos políticos, los sindicatos, la gran diversidad de movimientos sociales?

## Los movimientos sociales y el Trabajo Social en diálogo

Los movimientos sociales se constituyen en actores sociales y políticos que se definen en el espacio público societal con clara vocación de incidir en la transformación social aunque no siempre por la vía institucional.

Dicha vocación, interpela al espacio profesional del Trabajo Social en tanto disciplina que constituye su campo problemático frente a las manifestaciones de la cuestión social y se propone la transformación social a partir de la politización de los sujetos, entendida como un proceso facilitador para la problematización de la reproducción ampliada de la vida que pueda generar con los sectores populares, una conciencia social basada en la reivindicación de derechos y la inclusión de nuevas identidades.

Al pensar la vinculación del Trabajo Social con los movimientos sociales pueden establecerse modelos de relación como “promotor” o “potenciador” (‘animador’, ‘facilitador’, asesor, orientador, educador social informal, movilizador, mediador, concientizador) de estos sujetos colectivos. Se trata de la dimensión socio-educativa del Trabajo Social, en tanto incluye prácticas que potencian la organización y el desarrollo de individuos, grupos y comunidades (Macías Gómez, 1976; Ander Egg, 1998).

A lo largo de la historia de la profesión, los ‘roles’ y ‘funciones’ han variado según la preponderancia del componente asistencial, vinculado con la distribución de bienes y servicios materiales; frente al componente promocional o socioeducativo vinculado a la politización de la población o la dimensión simbólica. Dichas variaciones han tenido que ver con el mayor o menor grado de autonomía relativa frente a las políticas sociales y las disciplinas de las ciencias sociales que habitualmente se erigen como heterónomas y marcan el rumbo de las profesiones que se construyen como ‘técnicas’. Tal fue el caso del Trabajo Social en muchos momentos de la historia, como el movimiento de Reconceptualización que se generó en América Latina durante la década del sesenta. Este antecedente constituyó el ingreso del Trabajo social en la dimensión política que demandó el fortalecimiento de los estudios sobre la realidad social y los fenómenos sociales para, proactivamente, desarrollar y facilitar en las personas motivaciones para el cambio. El Trabajo Social, en esa mirada, da énfasis a la persona y no al problema. Con la reconceptualización la dimensión socio educativa cobra nueva centralidad pero revisando y replanteando el objetivo político de la intervención. Se plantea la concientización como paso previo a la liberación (Macías Gómez, 1976).

En relación al componente de politización a la sociedad que aportan las trayectorias de los movimientos sociales, el Trabajo Social puede considerarlos como fuente de inspiración en lo teórico y práctico. Desde esta perspectiva podemos decir que los mismos interpelan a la profesión en los supuestos epistemológicos-teóricos y políticos de la disciplina.

En tal sentido sostenemos que en la categoría profesional de Trabajo Social, “al intervenir en los sectores populares, estos, también intervienen en el Trabajo Social en tanto existe una transformación mutua; un proceso de acción y reacción de ambos lados, y no como generalmente se supone, que es solo el Trabajo Social quien interviene sobre la vida de los sectores populares” (Pereyra y otros, 2013).

Esto es así, dado que desde un punto de vista relacional, los trabajadores sociales necesitan de la concurrencia interventiva de los sectores populares sobre el trabajo social para que la intervención sea posible. De hecho, sin esta concurrencia, la intervención del trabajo social no sería posible en tanto no existirían las relaciones que la constituyen, o que la hacen posible como tal.

Asimismo en la bibliografía del Trabajo Social, la asistencia fue y es entendida en gran medida, como componente o dimensión material, y lo socioeducativo reconocido como componente o dimensión simbólica de la intervención profesional. Sin embargo, creemos que la asistencia no debiera ser separada de lo socioeducativo, ni lo socioeducativo de lo asistencial, sino a los fines estrictamente analíticos. Por lo tanto, toda acción asistencial tiene algo dialécticamente planteado de socioeducativo, y toda acción socioeducativa, tiene algo dialécticamente expresado de asistencial en los procesos de intervención (Pereyra et al. Op. Cit.).

Esta perspectiva establece otros modos de relación y vinculación posibles con los actores sociales con los que trabajamos, superando la relación lineal y unidireccional. Por el contrario, se trata de la construcción dialógica de diagnósticos y estrategias de intervención en las que tanto la disciplina inserta en las realidades sociopolítica territoriales de disputas de sentido en torno a problemáticas ‘sensibles’ (tierra, agua, derechos de mujeres, pueblos originarios, etc.) puede aportar y enriquecerse en tanto actores sociales que parten del reconocimiento mutuo de saberes y recursos.

Se trata de establecer espacios para el reconocimiento de interlocuciones válidas y la construcción de alianzas a partir de una ecología de saberes. Por ecología de saberes comienza con la asunción de que todas las prácticas de relaciones entre los seres humanos, así como entre los seres humanos y la naturaleza, implican más de una forma de conocimiento y, por ello, de ignorancia. Si bien la sociedad capitalista favorece prácticas denominadas científicas, estas tienen límites que resultan de una incapacidad para reconocer formas alternativas de conocimiento e interconectar con ellas en función de la igualdad”. En la ecología de saberes, forjar credibilidad para el conocimiento no científico no supone desacreditar el conocimiento científico. Simplemente implica su utilización contrahegemónica. Consiste, por una parte, en explorar prácticas científicas alternativas que se han hecho visibles a través de las epistemologías plurales de las prácticas científicas y, por otra, en promover la interdependencia entre los conocimientos científicos y no científicos. Este principio del carácter incompleto de todos los conocimientos es la condición para la posibilidad de un diálogo y un debate epistemológico entre ellos. Lo que cada conocimiento aporta a semejante diálogo es la manera en que conduce una cierta práctica para superar una cierta ignorancia. Por ello, la utilización contrahegemónica de la ciencia no se puede restringir solamente a la ciencia; únicamente tiene sentido dentro de una ecología de saberes (Boaventura de Souza Santos, 2010).

## Conclusiones

En cada contexto histórico político se generan procesos de repolitización en relación a la correlación de fuerzas que interpelan al sistema democrático vigente. Esto es el resultado de la correlación de fuerza de los diferentes actores sociales que intervienen en cada escenario particular. El neoliberalismo de los noventa tuvo una lectura política caracterizada por la desmovilización, reprivatización del discurso político y deslegitimación de los actores políticos clásicos encargados de mediar las demandas entre el Estado y la Sociedad (partidos políticos, sindicatos). Surgen entonces las llamadas organizaciones de la sociedad civil (Organizaciones no gubernamentales de base y de apoyo) que son promovidas por los organismos internacionales de crédito como actores privilegiados para la resolución de la cuestión social, en desmedro de la función social del Estado en la generación e implementación de las políticas sociales. El esquema planteado por el capitalismo global tuvo consecuencias negativas en términos de precarización de las relaciones laborales, aparición de los “nuevos pobres” en la estructura social, vaciamiento de las políticas sociales de salud y educación en particular y privatización de los servicios públicos y sociales,

entre otras. Este escenario tuvo su respuesta en la emergencia de los nuevos movimientos sociales portadores de una nueva lectura política para el sistema democrático. La repolitización que plantean reivindica la inclusión de nuevas identidades (pueblos originarios, minorías sexuales, mujeres y el campesinado, etc.), el reconocimiento de nuevos derechos, y la constitución de nuevas prácticas entre las diferentes fuerzas del sistema democrática.

Las banderas de lucha de los movimientos sociales no siempre se traducen de manera lineal en la praxis política porque encuentran limitaciones y conflictos en su relacionamiento con el poder político que impiden la cristalización de los ideales de dichos actores. Esos límites se dan en términos de demandas de autonomía frente a los gobiernos en relación a su naturaleza de carácter no institucional; pero al mismo tiempo necesitan instituir las reivindicaciones que plantean en términos de derechos institucionalizados. En definitiva se trata de las contradicciones que plantea la construcción de poder de los mismos para superar las restricciones de la democracia clásica, abriendo un proceso de democratización y reinención de la democracia.

## Bibliografía

Ander Egg, Exequiel (1998) Historia del trabajo social. España. Editorial Siglo XXI

Boaventura de Sousa Santos (2010) Refundación del Estado en América Latina. Perspectivas desde una epistemología del Sur. Lima, Instituto Internacional de Derecho y Sociedad, Programa Democracia y Transformación Global.

Borón, Atilio (2005) “Raíces de la resistencia al neoliberalismo”. Revista Alai-Almalatina. Enero, 2005, CEME. Centro de Estudios Miguel Enríquez, Chile.

Borón, Atilio (2006) “Crisis de las democracias y movimientos sociales en América Latina: Notas para la discusión” Revista OSAL 20, Buenos Aires, mayo-agosto de 2006.

Macías Gómez y Lacayo de Macías (1976) “Hacia un trabajo social liberador”. Buenos Aires: editorial Humanitas.

Pereyra, Esteban; Verón, Belén y Páez, Roxana (2013) “Entre lo asistencial y lo socioeducativo en Trabajo Social”. Presentado en I Congreso Internacional de Ciencias Sociales y Humanidades, VIII Jornadas Interdisciplinarias de Humanidades y Cs. Sociales del CIFYH- Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba 20, 21 y 22 de noviembre de 2013. Disponible en: <http://www.conferencias.unc.edu.ar/index.php/ponencias/ponencias2013> CON REFERATO

Svampa, Maristella (2008), “Cambio de época. Movimientos Sociales y Poder político”. Buenos Aires: editorial Siglo XXI y CLACSO

Zibechi, Raúl (2006) “Movimientos sociales: nuevos escenarios y desafíos inéditos” en OSAL. Año VII. N° 21. Buenos Aires, Septiembre- diciembre 2006